



## La mirada *pendiente*

Acepten, por favor, la por lo menos triple acepción del término *pendiente*. Traslada una cierta paradoja, una más de nuestro lenguaje. Recordemos que significa tanto un alertado y activo estado de atención y cuidado – *estar pendiente* – como algo, casi su contrario, es decir lo no llegado o conseguido, por mucho que lo deseemos o se haya intentado – *fruto / asignatura pendientes*. Podríamos agregar un tercer giro lingüístico – *estar pendiente de un hilo* – como evocador de lo inestable, frágil, deleble. A punto, es más, de caer y hacerse añicos.

Pero, como pretenden las reflexiones que espero hilvanen este artículo, hay algo en donde encontrar las tres acepciones seguidas y consecutivamente usadas con rigor y, acaso, con oportunidad y acierto.

Los paisajes eran, para Amiel, un estado del alma. Ortega lamentó la creciente ruptura de la Sociedad con esa circunstancia que siempre nos rodea. Miguel Delibes, padre, radicaliza todavía más y escribe, con desgarró, sobre la pérdida de una referencia trascendente para el humano. ¿Qué no decir de Senancour, Unamuno, Baroja, Machado (Antonio), Miró (Gabriel), Pessoa, Camus o Jorge Guillén... No acabaríamos nunca si quisiéramos referenciar tan siquiera los nombres de los autores de las principales aportaciones. A las de la literatura hay que unir las de tantos geógrafos, ecólogos, filósofos, pintores, arquitectos. Y finalmente incrementar la nómina hasta todos los frecuentadores del paisaje sin ánimo de lucro. En los que invariablemente se gesta de una inquietud por los escenarios de la vida, del tiempo y hoy de la

devastación, es decir la negación de los dos anteriores.


Conviene reconocer al mismo tiempo que aquí y ahora se profundiza, desde la universidad y desde el pensamiento ecológico, por cierto algo más descentralizado, en el análisis, inventario, estudio científico y en hasta en lo sociológico de los paisajes. Congresos, nuevos libros y tesis animan el bagaje sobre tan delicada cuestión. Se han abordado con deliciosa creatividad desde el estudio de la concepción del paisaje a lo largo de la historia y del arte, hasta la significación psicológica de los mismos para el ser humano.

Mejor que bien por tanto. Porque de todo lo afirmado se deduce que hay muchos afluentes en los que saciar la sed de un conocimiento o de unas emociones estéticas relacionadas con nuestro uso o admiración del derredor. Manan ufanans alfaguarras de cultura, compromiso y sensibilidad. Pero somos pocos los que acudimos porque en ellas no beben las mayorías, ni los poderes.

Dos extremos acampan sobre el territorio. El todo vale y el proteccionismo, no tan consentido ni tan efectivo como a menudo se nos quiere hacer creer. Porque frente a la acción, es decir el escenario puede aguantarlo todo y por tanto se hace, la idea de mantener paisajes para sus otros múltiples fines, entre los cuales la contemplación, por tanto la renuncia a actuar, carece del suficiente peso equilibrador.

Porque el verdadero sentido de un paisaje reside en su propia libertad para mantener en el mejor estado posible su vocación de hospitalidad hacia el mayor número posible de prestaciones y usuarios. De los que sin duda destacan los procesos eco-

lógicos y los ciclos de renovación de la vida de los que somos parte y deudores. Un paisaje es vivirlo y por tanto convivirlo. Lo otro son peajes, pagar por ir muy raudamente a ninguna parte. Porque el que destruye al tiempo se lleva por delante al espacio y por tanto a la vida. No hace falta mucho más que levantar un poco las cejas para comprobar que el descontrol preside los escenarios. Que los paisajes huyen, también ellos a ninguna parte. Espectador y espectáculo estamos perdiendo aceleradamente el sentido del residir en un lugar. Un lugar que también necesita una residencia. Lo que se está perpetrando es el destierro de la tierra. Y no conviene olvidar que *Terra* en latín significa, además de lo que todos sabemos, el conjunto de la Humanidad. Era pues una palabra realmente global.

Algunos, por tanto, estamos convencidos de que una de las tareas más urgentes y por tanto *pendientes*, es que cunda una mirada más atenta, *pendiente*, de la imprescindible restauración de la salud y belleza, tan útiles ellas, de nuestros entornos. Si los paisajes siguen *pendientes de un hilo* cuando no encarcelados por la fea urgencia, todo estará al borde de su negación y de la nuestra. 

Joaquín Araujo  
Periodista y escritor